

La aventura de la piedra preciosa
de Mazarino

Fue un placer para el doctor Watson verse de nuevo en la descuidada habitación del primer piso de la calle Baker, que había sido el punto de arranque de tantas aventuras extraordinarias. Miró a su alrededor, fijándose en los mapas científicos que había en la pared, en el banco de operaciones químicas comido por los ácidos, en la caja del violín apoyada en un rincón y en el recipiente de carbón, donde se guardaban en otros tiempos las pipas y el tabaco. Por último, sus ojos fueron a posarse en la cara fresca y sonriente de Billy, el joven pero inteligente y discreto botones que había contribuido un poco a llenar el hueco de soledad y de aislamiento que rodeaba la figura sombría del gran detective.

—Parece que aquí no ha cambiado nada, Billy. Y tú tampoco cambias. ¿Se podrá decir de él lo mismo?

Billy dirigió la mirada llena de solicitud hacia la puerta del dormitorio que estaba cerrada, y contestó:

—Creo que está en cama y dormido.

Eran las siete de la tarde de un encantador día veraniego, pero el doctor Watson se hallaba lo bastante familiarizado con la irregularidad del horario de vida de su viejo amigo para experimentar ninguna sorpresa.

—Supongo que esto significa que se halla metido en algún caso.

—Sí, señor; precisamente ahora está dedicado al mismo con todo ahínco. Yo temo por su salud. Lo encuentro cada día más pálido y más delgado y no come nada. «¿Cuándo le darán ganas de comer, señor Holmes?», preguntó la señora Hudson, y él contestó: «Pasado mañana, a las siete y media». Ya sabe cómo se vive cuando un caso despierta real interés.

—Sí, Billy, ya lo sé.

—Anda tras la pista de alguien. Ayer salió a la calle disfrazado de obrero en busca de trabajo. Hoy salió de mujer anciana. Y a mí me engañó, aunque tengo motivos para conocer ya sus artimañas.

Billy apuntó con el dedo hacia una sombrilla muy voluminosa que estaba apoyada contra el sofá y dijo:

—Es una de las prendas del equipo de la anciana.

—Pero ¿de qué trata todo ello, Billy?

Billy bajó la voz, como quien habla de grandes secretos de estado:

—No me importa contárselo, señor; pero debe quedar entre nosotros dos. Se trata del caso del diamante de la Corona.

—¡Cómo! ¿Del que vale cien mil libras y ha sido robado?

—Sí, señor. Es preciso recuperarlo. ¡El Primer Ministro y el Ministro del Interior estuvieron sentados en ese mismo sofá! El señor Holmes los trató con mucha amabilidad. Les tranquilizó y les prometió que haría todo cuanto pudiera. Vino también lord Cantlemere...

—¡Ah!

—Sí, señor; usted sabe lo que esto significa. Ese hombre es de los tiosos, si se me permite decirlo. Yo

trago al Primer Ministro, y no tengo nada que decir contra el Ministro del Interior, que me dio la impresión de ser un hombre cortés y servicial, pero no me cae bien su señoría. Lo mismo le ocurre al señor Holmes. Fíjese en que ese lord no tenía fe en el señor Holmes y se oponía a que se le diese intervención en el asunto. Aseguraba que fracasaría.

—¿Y el señor Holmes lo sabe?

—El señor Holmes sabe todo lo que hay que saber.

—Bien, esperemos que no fracase y que lord Cantlemere se vea desairado. Pero, dime, Billy: ¿a qué viene esa cortina que tapa la ventana?

—El señor Holmes la colocó hace tres días. Tapa una cosa curiosa que hay al otro lado.

Billy avanzó y apartó la cortina que ocultaba el hueco que formaba el mirador. El doctor Watson no pudo reprimir una exclamación de asombro. Había allí un facsímil de su viejo amigo, con su bata y todo, la cara vuelta en sus tres cuartas partes hacia la ventana y mirando hacia abajo, como si leyera un libro invisible mientras su cuerpo se hallaba profundamente hundido en el sillón. Billy separó la cabeza del muñeco y la mantuvo en alto.

—La cambiamos adaptándola a diferentes ángulos, a fin de que parezca más viva. Yo no me atrevería a tocarla si no estuviera bajada la cortina. Pero cuando está levantada, puedo ver la cabeza desde la acera de enfrente.

—Ya antes hemos hecho algo por el estilo.

—Fue antes de que yo me colocase aquí —dijo Billy. Apartó las cortinas de la ventana y miró a la calle.

—Hay ciertos individuos que nos vigilan desde allí enfrente. Ahora mismo veo a uno en la ventana. Mire usted mismo.

Watson había dado ya un paso hacia delante, cuando se abrió la puerta del dormitorio, saliendo por ella la figura larga y delgada de Holmes; su rostro estaba pálido y seco, pero su andar y su porte estaban tan llenos de vida como siempre. De un solo salto llegó hasta la ventana, y volvió a correr la cortina.

—Así está mejor, Billy —dijo—. Muchacho, tu vida estaba en peligro; pero por el momento no puedo estar sin ti. Bien, Watson, da gusto verlo otra vez en su antigua residencia. Llega en un momento crítico.

—Eso estoy viendo.

—Billy, puedes retirarte. Este muchacho es un problema, Watson. ¿Hasta qué punto tengo derecho a permitir que corra peligros?

—¿Peligros de qué, Holmes?

—De una muerte súbita. Esta noche espero algo.

—¿Y qué es lo que espera?

—Ser asesinado, Watson.

—¡Una broma suya, Holmes!

—Aunque mi sentido del humor es limitado, es muy capaz de bromas mejores que esa. Pero, mientras llega el momento, podríamos pasarlo agradablemente, ¿verdad? ¿Nos está permitido el alcohol? El sifón y los cigarros se encuentran en su sitio de antaño. Quiero verlo en su sillón de siempre. Espero que no habrá aprendido a desdeñar mi pipa y mi lamentable calidad de tabaco. En estos días sustituye al alimento.

—¿Y por qué no come?

—Porque las facultades se afinan cuando se les hace pasar hambre. Seguramente que usted, querido Watson, como médico que es, reconocerá que lo que la digestión nos hace ganar en aporte de sangre nos lo quita en capacidad cerebral. Yo soy un cerebro, Watson. Todo el resto de mi ser es un simple apéndice. Por consiguiente, es el cerebro al que yo tengo que atender.

—Pero ¿qué me dice de ese peligro, Holmes?

—Ah, sí; por si se convirtiese en realidad, no estaría de más que cargase su memoria con el nombre y la dirección del asesino. Podría comunicárselo a Scotland Yard, junto con la expresión de mi afecto y mi postrera bendición. Su nombre es Sylvius..., el conde Negretto Sylvius. ¡Anótelos, hombre, anótelos! Ciento treinta y seis Moonside Gardens. N. W. ¿Los tiene?

La honrada cara de Watson tenía gestos contradictorios y nerviosos de ansiedad. Demasiado conocía los inmensos riesgos con que cargaba Holmes, y sabía perfectamente que más bien habría en sus palabras corteidad que exageración. Watson era siempre hombre dispuesto a la acción, y en ese instante se mostró a la altura de las circunstancias.

—Holmes, cuente conmigo. No tengo nada que hacer durante un par de días.

—Veo que no mejora en su aspecto moral, Watson. Ahora ha sumado a los vicios que ya tenía el de decir pequeñas mentiras. Todo en usted está delatando al médico atareado que tiene que atender consultas a toda hora del día.

—La cosa no llega a tanto. Pero ¿no puede hacer detener al individuo en cuestión?

—Podría hacerlo, Watson. Eso es lo que tanto le molesta a él.

—¿Y por qué no lo hace?

—Porque ignoro adónde se encuentra el diamante.

—Sí. Ya me habló Billy..., la joya de la Corona que ha desaparecido.

—Sí, la magnífica piedra amarilla de Mazarino. He tirado mi red y tengo dentro de ella el pez. Pero no he conseguido encontrar la piedra. ¿Qué adelanto con aprenderlos? Podemos hacer que el mundo sea un lugar mejor dándoles la zancadilla y sujetándolos. Pero yo no me he lanzado a esa empresa. Lo que yo necesito es la piedra.

—¿Y es este conde Sylvius uno de los peces a que se refiere?

—Sí; es el tiburón. Muerde. El otro es Sam Merton, el boxeador. No es mala persona Sam; pero el conde se ha servido de él. Sam no es un tiburón. Es un gobio corpulento, estúpido y de cabeza de toro. Pero, a pesar de ello, anda aleteando dentro de mi red.

—¿Dónde se encuentra el conde Sylvius?

—Lo he tenido toda la mañana a mi lado. Usted, Watson, me ha visto en ocasiones disfrazado de anciana. Jamás lo estuve de manera más convincente. Ese hombre llegó incluso a recoger mi sombrilla. «Permítame, señora...», me dijo. Es medio italiano, ¿sabe usted?, y cuando está de buen humor tiene toda la simpatía del Sur, aunque cuando está de malas es el mismísimo diablo encarnado. La vida está llena de hechos caprichosos, Watson.

—Habría podido ser una pura tragedia.

—Sí, quizá sí. Lo seguí hasta el antiguo taller de Straubenze, en Minories. Straubenze fabricó el fusil

de aire comprimido, una obra magnífica, según tengo entendido, y que supongo que debe encontrarse en este instante en una ventana frente a la mía. ¿Ha visto el muñeco? Sí, claro que Billy se lo enseñaría. Bien, en cualquier momento puede recibir un balazo en su hermosa cabeza. ¡Ah, Billy! ¿Qué ocurre?

El muchacho había reaparecido en la habitación con una tarjeta en una bandeja. Holmes la miró con las cejas arqueadas y con una sonrisa divertida.

—Ahí está en persona. No me esperaba esto. ¡Agarre la ortiga, Watson! Es un hombre de temple. Quizá conozca la fama que goza como buen tirador de caza mayor. Desde luego que constituiría un final glorioso de su historia deportiva que me echase a mí a la bolsa. Esta es una demostración de que siente la punta de mi pie cerca de su talón.

—Llame a la policía.

—Tendré probablemente que hacerlo. Pero todavía no. ¿Quiere mirar con cuidado por la ventana para ver si alguien merodea por la calle?

—Sí, cerca de la puerta hay un individuo que parece un matón.

—Será Sam Merton; el fiel, pero bastante idiota, Sam. ¿Dónde se encuentra este caballero, Billy?

—En la sala de espera, señor.

—Hazlo subir cuando yo toque el timbre.

—Sí, señor.

—Hazlo pasar, aunque yo no esté en la habitación.

—Sí, señor.

Watson esperó a que la puerta estuviese cerrada y enseguida miró a su compañero.

—Mire, Holmes, esto no puede ser. Este es un hombre desesperado que no se detiene ante nada. Quizás haya venido para asesinarlo.

—No me sorprendería.

—Insisto en hacerle compañía.

—Sería un estorbo tremendo.

—¿Para quién, para él?

—No, querido compañero, para mí.

—No puedo abandonarlo.

—Sí, usted puede, Watson. Y lo hará, porque nunca ha dejado de representar su parte en el juego. Debo asegurarme que jugará hasta el final. Este hombre ha venido con una finalidad, pero quizá se quede por conveniencia mía —Holmes tomó su libro de notas y garabateó algunas líneas—. Tome un coche de alquiler hasta Scotland Yard y dele esto a Youghal, de la División de Investigaciones Criminales. Regrese con la policía. El arresto del cómplice seguirá después.

—Lo haré con alegría.

—Antes de que regrese debería tener suficiente tiempo para averiguar dónde está la piedra —tocó el timbre—. Creo que deberíamos salir por la habitación. Esta segunda salida es excesivamente útil. Quiero preferiblemente ver a mi tiburón sin que me vea, y tengo, como recordará, mi propia forma de hacerlo.

Fue, en consecuencia, una habitación vacía a la cual Billy, un minuto después, condujo al conde Sylvius. El famoso tirador, deportista, y hombre de ciudad era una persona morena, con un formidable bigote oscuro sombreando una cruel y delgada boca, y transpuesta por una larga y curvada nariz como el pico de un águila.